

LICOR Y CHOCOLATE

A Isabel

*Verrà la morte e avrà i tuoi occhi*

CESARE PAVESE

De haber sabido que vendrías,  
no me hubieran retrasado  
ignorantes desconocidos  
que no sabrían gozar de los espléndidos banquetes  
con los que nosotras –extranjeras–  
gustábamos de recibir a los audaces.

Con urgencia,  
me hubiera afanado en hacer acopio de víveres  
y prender las antorchas de la nave  
para que nuestro timonel  
–empujado por el viento del norte–  
nos condujera, como estaba pactado,  
desde Ítaca  
hasta la isla de Manhattan.

De haber sabido que vendrías,  
hubiera escrito versos  
y compuesto canciones  
para cantar contigo  
cuando la noche pone seda y fuego  
donde pitas y adelfas  
parecían  
las únicas amarras del destino.  
Hubiera detenido minutos

y segundos

en la cuchilla azul  
de la luna creciente,  
para entregarte risas  
y palabras contadas  
y ritmos  
y perfumes  
y aromas  
y armonía  
y memoria  
y adornos  
y fragancias  
sabores  
esencias  
visiones,

las consignas que ardieran desatando tus sueños,  
los silencios de fuego,  
los silencios de hielo,  
el galope tendido que arrollara esperanzas,  
la soledad que –a veces–  
anegara los diques de todas las promesas...  
licor y chocolate,  
argucias  
frente a la sombra del abismo  
que tantas noches nos avivara el miedo  
poblando los confines donde habitan tristeza y desaliento.

Con destreza,  
hubiera navegado  
las rutas que delfines señalaran,  
y ni redes  
ni escollos  
ni algas  
ni arrecifes

hubieran desatado aquella furia  
que partió como un rayo el horizonte  
y se agolpó en tu playa.

Con astucia,  
hubiera proyectado mi rumbo  
para conducirte sin demora  
hasta los territorios  
                                  donde  
  ni tedio  
  ni miseria  
  ni vejez

pudieran hallarnos.  
Hubiera construido refugios  
en lugares seguros  
                                  –sobre los acantilados–  
donde ni sombras milenarias  
ni terroríficas criaturas  
pudieran acecharnos.

De haber sabido que vendrías  
me hubiera entregado a la embriaguez  
de las tardes de plata,  
de cobalto  
y azufre  
cuando las emociones –como barcos–  
navegaban sin rumbo  
por tu espalda mojada,  
cuando los barcos –como peces–  
abordaban tu risa  
izando como un mástil la esperanza,  
cuando los peces –como sueños–

se deslizaban sin cuidado  
por la escarpada línea quebradiza  
de un destino de cerros y de islas.